



Las armas de la crítica: debates en torno a la lengua, cultura e industria en publicaciones del último año

Verónica Stedile Luna *

“Se dice que hay varias maneras de mentir, pero la más repugnante de todas es decir la verdad, toda la verdad, ocultando el alma de los hechos.”

Juan Carlos Onetti, *El pozo*.

“La comunidad del pensamiento (y, si nos fuera permitido acuñar este término, “el comunismo del conocimiento”), sin embargo, nada tiene que ver con una transparencia de los significados culturales, ni con la impugnación resentida de todo lo que no puede ser entendido por todos, y por todos de la misma manera. Esa ilusión de transparencia no sólo es imposible, es además indicio de una pulsión antiintelectual reaccionaria muy ambigua que bloquea la experimentación con la lengua, con las formas y con las prácticas”

Diego Tatián, “Política y Estado. La conjunción como trabajo”, en *El ojo mocho. Otra vez*. N2-3.

* Verónica Stedile Luna es estudiante avanzada de la Licenciatura en Letras (FaHCE-UNLP), y actualmente tiene una beca de investigación otorgada por la CIC. Desarrolla sus actividades académicas en el Área de Crítica Genética y Archivos de Escritores (CriGAE), y es adscripta la cátedra de Metodología de la investigación literaria. Desde el año 2010 es editora de la revista *Estructura Mental a la Estrellas*.

vroniksd@hotmail.com

En el mes de diciembre pasado, 2012, recuperé cierto sustrato de un entusiasmo infantil por el fin de año; casi sin darnos cuenta, presentaciones, muestras, mesas de debate, reuniones, se iban acoplando, y las famosas *cenar de despedida* fueron mutando en cervezas imprevistas con amigos y conocidos que íbamos encontrando [1].

Si noviembre había estado signado por la experiencia conjunta con Píxel Editora, Club Hemingway y la revista *Estructura Mental a las Estrellas* –desde la que trabajo–, en un Ciclo literario que buscó reunir nuestras tres presentaciones, y puso su mirada en el riesgo de los proyectos culturales incipientes; diciembre fue el mes de recorridos e improproductividades, territorios más o menos ajenos, en el que se volvió posible hacer algunos interrogantes desplazados, al menos un poco, de la vorágine de la autogestión.

Este ensayo, que quizás sea también una crónica de trayectos más o menos disímiles, más o menos insistente en los formatos que transita, toma como excusa una dimensión temporal: diciembre 2012. Un corpus que se recorta sobre las presentaciones que tuvieron lugar ese mes: *Estructura Mental a las Estrellas* en Trenque Lauquen (09/12), *En ciernes. Epistolarias* (11/12), de *El río sin orillas* (12/12), *Mancilla* (15/12) y la presentación con mesa de debate de *El ojo mocho* (21/12). Claro que la “presentación” como acto que las aúna también es una excusa, y lo que propongo es leer qué preguntas nos arrojan esas publicaciones; preguntas que no encuentran como caja de resonancia los programas de nuestra formación docente en Letras – vale la aclaración de que un programa nunca es homologable a la experiencia de ese tránsito, que suele rebasar cualquier constancia institucional de lo que es un plan de estudio, o un cronograma de cátedra – pero que vuelven necesario pensar el vínculo con la academia, la escuela media, el Estado. Porque finalmente, se trata de preguntas que nos enfrentan a los modos de la “intervención”; que no se proponen dirimir entre formulaciones dicotómicas, sino que interrogan las prácticas: qué somos capaces de intensificar cuando ponemos a andar procedimientos de la crítica, y, en cambio, qué podríamos estar sometiendo a custodia; qué riesgos de “bloquear la experimentación con la lengua” –para decirlo con el epígrafe de Tatián– corremos cuando pensamos las posibilidades de comunicar y comunicarnos, cuando pensamos la lengua como instrumento.

Si bien estas cuestiones aparecen planteadas por (o a partir de) revistas cuyo objeto no es la enseñanza de la lengua y la literatura, creo que aportan a pensar la relación entre el docente y las instituciones,

entre docentes y estudiantes, entre ambos con la lectura y escritura, en tanto lo que queda interrogado son algunos presupuestos a los que echamos mano, consciente o inconscientemente, para relacionarnos con los otros y el saber.

Sería una desmesura bastante aburrida que me pusiera a hablar de cada presentación / revista en orden, y descriptivamente; mejor hacer el intento de ir zurciendo núcleos de interrogantes, o intensidades que nos siguen convocando al debate: el intelectual como figura, rol; la industria cultural en sus resonancias adornianas, su grado de creciente institucionalización (secretarías, departamentos denominados “Industria Cultural”, rondas de negocios, Micas y pre-Micas), al tiempo que también crece la convocatoria autogestiva, -de la proliferación de FLIAs por distintos puntos del país a la explosión de pequeñas editoriales, hay vastas muestras de ella-; la crítica cultural: ¿hay contracultura? – se pregunta el número II de *Mancilla*, ¿dónde están los negros? – pregunta Mariano Dubin nuevamente tras la presentación de *Cae Repelente* (Pixel Editora), el 29 de noviembre de este año, ¿qué enemigo construye, debería construir, la crítica y la política, después de habernos enterado que efectivamente el palacio de la cultura está hecho de mierda de perro? – se pregunta Silvia Schwarzbok en este último número de *El río sin orillas*; ¿cuál es la comunicación que un *escritor sobreviviente* debe afrontar para hacer carne una experiencia sin caer en trascendentalismos espirituales? – se pregunta Maximiliano Crespi a propósito de León Rozitchner, y Eduardo Mallea en *El ojo mocho*.

Lo interesante de esas preguntas, pienso, es que no impostan un rol o espacio: dentro o fuera de la academia, dentro o fuera de la literatura, dentro o fuera de las instituciones, sino que nos obligan a reflexionar sobre en qué medida nuestras prácticas no están, también a veces, acaso, funcionando según una lógica liberal [3]. Y las aulas bien conocen los efectos de esa lógica. Por otro lado, las consideraciones –que exceden el carácter valorativo– alrededor de lo que hoy puede llamarse “industria cultural” y que aparece como uno de los objetos de la crítica, cobran mayor interés al ser leídas desde las preocupaciones de quienes piensan en la enseñanza de la lengua y la literatura, ya que es en ese ejercicio donde las pretensiones de distancia, que termina muchas veces convirtiéndose en la guardia del sentido resultan, “de hecho” poco efectivas, o lo que es peor, des-afectantes.

Los ejes entonces son dos y se imponen a partir de lo que reverberó si no explícitamente, como interrogante que nos es dado a leer, en las cinco presentaciones mencionadas, y en los recorridos que

urden las revistas. En primer lugar, como anticipé, la tensión aún irresuelta en torno a la industria cultural, la crítica cultural, la comunicación y subjetividad, cuya ética se dirime en el espesor de lo político sensible, y no sólo en los modos del discurso. Ya que lo que aparece recorriendo esa tensión es el peligro de los falseamientos ideológicos, y el populismo tal y como nos fue entregado conceptualmente por una parte del campo intelectual. De cualquier manera, la disputa se alimenta en la sospecha de que no es posible garantizar la potencia transformadora de la lectura y escritura, y muchos menos los modos en que tal efecto podría tener lugar. En este sentido creo que las prácticas docentes abocadas primordialmente a sostener la “distancia crítica” – especialmente en torno a la literatura catalogada como comercial, a la televisión, o ciertas manifestaciones del mundo digital – corren el riesgo de no comprender aquello que señala la presentación de esta revista: que las lenguas y literaturas se ponen adolescentemente rabiosas por ser escuchadas y leídas en acontecimientos educativos.

En segunda instancia, aunque sea parte del mismo problema, la pregunta reformulada constantemente, *re-comenzada* podríamos decir, es aquella que piensa las posibilidades emancipatorias del sujeto en una coyuntura latinoamericana que pone en el centro el rol del Estado. Cómo pensar la relación instituyente de la política con el Estado – que, como dice Tatián en *El ojo mocho* (2012), no debemos olvidar la premisa nietzscheana del “más frío de los monstruos” – en un presente que arroja los peores vestigios de la ausencia estatal. Por eso, la entrada a ese problema, es la lengua como acto. La lengua que se disputa, que habría que disputar, entre lo común y la opinión pública, entre el verosímil de lo dado, y el decir inelegante, “sin archivo”. Y allí la potencia de la literatura, el cine, el arte, se despliega para entrar en la discusión.

Cultura y comunicación. Variaciones sobre lo político de la literatura

No es del todo honesto empezar por el principio ya que la primera actividad en diciembre fue la presentación en Trenque Lauquen, de la revista que dirijo junto a Agustín Arzac. Sin embargo, aún cuando no nos corresponde a nosotros hablar de las significaciones y sentidos que hubo puestos allí, hay algo que está en ligazón directa con los modos de pensar la crítica cultural, y no sólo de pensar, también de caer en ciertas trampas. Hay que decirlo: nuestra revista fue atravesada por las trampas que nos jugaron a veces, y quizás nos juegan a espaldas de la sospecha, las “buenas intenciones”, los modos de las preguntas, los efectos de una tradición que acucia y exige. Entonces, otra vez, hay que hablar de la relación que mantiene una revista hecha desde la ciudad de La Plata, con la cultura, y sobre todo la vivencia cotidiana de la cultura, en Trenque Lauquen, de nuestros amores-odios con el interior –sus

relaciones de dominación—, y la disputa por un federalismo que, retomo una nota al pie de Diego Caramés en el *Río sin orillas*, no puede pensarse sin la cartografía de “textos y símbolos que traman nuestros imaginarios territoriales”, o, si retomara la carta de Sebastián Russo a Alejandro Boverio en *Enciernes. Epistolarias*, un interior de la provincia de Buenos Aires signado por los mataderos, frigoríficos, la estética de Salamone, “los campos que yacen debajo del pavimento”, en fin, la retórica de la violencia. Pero ese es un nudo, con más aristas aún, que dejamos para el próximo número de la revista. Dispuestos claro, a sorprendernos nuevamente de las trampas que nos teja el estado de la lengua para hablar de ese mundo de mitos, imaginado e imaginario, que propusimos llamar “Frontera oeste”.

Lo que nos sigue comprometiendo a pensar los sustratos de esa trampa es que en ella, lo que estuvo implícito fue cierta confianza a la predictibilidad de la comunicación: qué escritura para qué público, qué temas para qué espacio. Nos habíamos abogado el derecho de suponer cuál sería “la lengua adecuada” para ese *interior* que se presentaba más trascendental que como cuerpo. Ese es un riesgo del que, si no nos advertimos a tiempo, puede obturar la irrupción de la subjetividad, para en cambio, hacernos permanecer del lado del *sujeto sujetado*. Subjetividad como el cuerpo capaz de producir efectos que exceden el sistema cuerpo-lenguaje, como un cambio de las relaciones entre lo posible y lo imposible [4]. Se trata de una subjetividad incalculable; en definitiva, como, afirma Tatián, se trata de pensar “lo común” – “El hombre piensa”, y entonces se presenta “la igualdad” como una idea filosófica, una igualdad que boga por la inconmensurabilidad, la singularidad irrepresentable, y no “la identidad cuantitativa que torna equivalentes e intercambiables a los seres”.

El problema se ve más claro si lo leemos a la luz de la “lógica comunicacional”. De alguna forma, la naturalización de algunas ideas se ha mantenido bajo la convicción de que el lenguaje y el conocimiento son medios para aprehender lo real. Como revista, *Estructura mental a las estrellas* había caído en la trampa de creer que la lectura llegaría a buen puerto, a un puerto consignado; del mismo modo que la lengua corre el riesgo de ser practicada en tanto instrumento cuando la lectura es reducida a una comprobación. Alejandro Boverio, en el número de *El ojo mocho* presentado en diciembre, hace un señalamiento político concreto al respecto: “La sustitución que opera el medio comunicacional, así, es la de ponerse en el lugar que debería ocupar el espacio público de discusión. La lógica comunicacional separa, en efecto, al hombre de su capacidad lingüística, volviendo a la lengua algo independiente y misterioso, pero a un tiempo enormemente trivial, que le es exterior y lo domina”. La trampa de tomar al

lenguaje y al conocimiento como un instrumento que sirve para comunicar un contenido, es la “separación” [5].

Quizás, quien más claro y breve haya esbozado la contracara de ese efecto es Mauricio Kartun en la entrevista que *El río sin orillas*, N°6, le hace, cuando dice, “Yo obro”. Es decir, no hay una idea primero, una escritura después, o una escritura que va hacia un contenido: “No tengo otra manera de pensar que no sea el propio procedimiento de escritura” [6]. Esa es, efectivamente, una de las potencias transformadoras de la escritura, el hecho de que no se permanece inmutable ante ella; se trata de un acto de lengua que expone el sentido de “lo común” – si se la aligera de exigencias, valoraciones, finalidades previas – y por tanto un ejercicio que permite pensar la práctica docente (no es casual que Kartun se fuera convirtiendo en dramaturgo concomitantemente a su labor como tallerista, docente, director) en la dimensión simbiótica de lectura y escritura – no como reflejo, sino por la capacidad intensificadora del vínculo, en la cual, claro, también se cuentan las desexpectativas, el hecho de que no exista intercambio alguno.

El problema podría aparecer si para que la lengua escape a los paradigmas comunicacionales, a las fórmulas de la opinión pública y la noción de “médium”, si para que se vuelva balbuceante la oponemos a la industria cultural como máquina que sólo es capaz de reproducir la ideología de la clase dominante. En cierto sentido, lo que se ha dicho de la industria cultural hasta ahora es verdadero argumentativamente, pero no termina por resolver una salida airosa – corremos el riesgo de asimilar esa lengua del tartamudeo, del límite de la legibilidad, con el dodecafonismo y el teatro de Beckett que enarbolaba Adorno como manifestaciones artísticas que huían de las redes del capitalismo y la razón ilustrada, y a la “lengua adecuada”, esa que no tiene interior, contrapelo o fisuras (González; 2012:35), con el cine y el jazz. Claro que ese es un arco de comparación grotesco, pero lo que quiero decir es que hoy, la industria cultural no nos exige oponerle rabiosamente una lógica, sino pensar cómo activar, desde ella, sus puntos de singularidad. No hay casi modos de escapar a la industria cultural en el mundo del arte y la literatura – a excepción de los becarios y los magnates; en cambio sí hay modos de pensar la contradicción, ya sea desde la edición de libros, la publicación de una revista, o la curaduría [7].

Revistas: utopía y comunidad. Contra la creencia de la *distancia* o las vueltas del populismo

Quien lea en forma continuada, o más o menos cercana en el tiempo, *El ojo mocho. Otra vez* N|2-3, y *El río sin orillas* N|6 [8], observará pronto cuál es una de las preguntas que más ocupa a su grupo editorial. La pregunta por la posibilidad de pensar un Estado en relación con la emancipación. La teoría, y con buena razón, nos ha enseñado a leer el Estado en el orden de lo instituido, del control, de lo policíaco. Sin embargo, los años de su ausencia, en la experiencia argentina, también demostraron que la condición represora no desaparece – si fuera necesario puede reforzarse con el caso chileno – y las garantías y derechos se convierten en bienes y servicios. Entonces, la pregunta es qué posibilidades de emancipación hay en la relación Sujeto/Estado. De alguna manera, como docentes, esa pregunta nos convoca doblemente, por cuanto sería absurdo llevar adelante esta práctica si creyéramos que la escuela o Universidad son infisurables aparatos ideológicos del Estado capitalista – claro que esto no es homologable a postular una vía emancipatoria, pero la apuesta política, para quienes preferimos la educación pública, supone reflexiones similares.

En este punto podríamos decir que se abren dos caminos distintos por los que cada revista insiste en la pregunta. *El ojo mocho. Otra vez*, se concentra en “Las vueltas del sujeto”, un sujeto que sea capaz de atravesar “todo el plexo de significación”, y no sólo articular en el punto más elevado de un esquema – noción de hegemonía–, es decir, una subjetividad que pueda darse plena en cada segmento de las instancias de articulación. A esto se repregunta cuáles son los valores, instituciones, modos de producción, símbolos de esa nueva subjetividad; es decir, sus objetos. Lo que aparece entonces es el peligro de la distancia, de escindir la *objetividad* del proyecto emancipador, en lugar de sopesar la implicancia de la afectación de nuestra subjetividad en la constitución de ese *objeto* – esta alusión aparece especialmente para pensar las exigencias de una figura como la de “adhesión incondicional”. La pregunta es si el Estado, en un tipo de configuración particular, puede ser objetivación de ese sujeto libertario.

El río sin orillas, por su parte, pone en el centro los cascoteados conceptos de “relato”, y “mito”. La nota editorial – una potente escritura de resistencia a la idea de la “distancia” como posición – reza: “El problema para nosotros es preguntarnos si las identidades políticas resultan siquiera pensables sin esos mitos. Si los proyectos de nación (pasados o futuros) no son también inseparables de ellos.”, “Renunciar

a esos relatos significa de algún modo renunciar a la construcción de un destino político colectivo” (2012:08).

Esa afirmación lleva a problematizar dos aristas del mito y el relato: lo que de fuerza promisoría, inventiva, hay en él, y lo que aún queda por rescatar del manoseo degradante que se hizo de la palabra “utopía” como consenso: “Esos relatos sedimentados, esas memorias irredentas no tienen un sesgo puramente conmemorativo, esto es, no descansan sólo en el pasado. Como la fuerza del mito, su fuerza es también la del futuro”. Y aquí se abre un punto de feliz coincidencia con lo que planteamos en la editorial n|4 de *Estructura Mental a las Estrellas*: contra la afirmación de que las revistas literarias y culturales permiten leer la sintaxis de una época, es necesario pensar los murmullos de aquello que es potencia; las “revistas como documentos” es una idea que incluso traiciona el espíritu de las publicaciones en que se afirma – *Contorno* por caso podría haber hecho una premisa semejante, sin embargo, las notas sobre peronismo en el '55 son más cercanas a la reflexión de una izquierda posterior, que al curso de las ideas que rondaban la “Libertadora”.

Lo que quiero decir, en una forma que hemos llamado “lengua del futuro”, y que en el apartado “Comunidades”, *El río sin orillas* nombra como “la ensoñación utópica que deje leer los signos de lo que calla en los murmullos, de lo que se oculta en la saturación de lo visto” (2012:49), es que urge pensarnos más allá de lo que el “estado de la lengua” nos da a hablar. Y aquí otra coincidencia. A la salida de nuestro cuarto número de la revista, el último fragmento del editorial cerraba: “Así como se puede hacer una historia de la cultura, se puede decir que esa historia está hecha por los desafíos que una cultura dio a su época, los desbordes que le impuso. Si hay una idea que no queremos negociar es esa: la de una cronología determinada. La disputa tiene que darse para vehicular sensibilidades que no encuentran otro lenguaje” (*Estructura Mental a las Estrellas*, 2012), mientras el editorial de *El río sin orillas* se abría prácticamente con una renovadora noción de “utopía”; no sólo en oposición al uso conciliatorio que la cristalizó una vez “certificada la defunción de cualquier proyecto político que pudiera transgredir las reglas del neoliberalismo”, sino como una “carnadura”, “un modo concreto de pensar otro tipo de anudamiento (diferido del presente) entre lengua, territorio y tiempo”. Una utopía que ilumine lo que resta de las representaciones que la época asumió como real. Me atrevería a decir, pensando en la docencia, una utopía capaz de hacerse cargo de lo que no se ha articulado aún como exigencia.

Ya que hablé de *carnadura*, traigo furtivamente a cuento la revista *En ciernes. Epistolarias*, cuya tercera entrega estuvo dedicada a la *carne*, para redondear, o insistir en esto de las distancias y el populismo. En el apartado “Polémica contemporánea”, Omar Acha y Gabriel Di Meglio intercambian cartas discutiendo acerca de la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico; más allá de las diferencias – estéticas y políticas– que se conversan, aunque ambos coincidan en la necesidad de vencer una historia progresista –de la clase media y blanca–, quería señalar el momento en que Di Meglio afirma su populismo de izquierda. Su postura queda del lado de “buscar el concepto de historia en la gestación” mientras Acha boga por “crearlo, traducirlo a odres lozanos, atenazarlo en hormas imberbes o romper sus huesos reblandecidos”.

Es casi imposible que no resuenen afirmaciones y artículos de Beatriz Sarlo, impugnando – ya sea como ideología, o como un procedimiento metódico inaceptable – el populismo [10]. Ese ha sido el concepto – o quizás simplemente subjetivema, por cuanto su definición es siempre imprecisa y se organiza más bien por aquello a que se opone, que siempre es lo legítimo, correcto, auténtico – maldito de las ciencias sociales, y de la literatura. Y hoy ya casi parece una mala palabra gastada, esas por las que los padres ya no retan a los chicos. Hay que ver la relación entre la izquierda preocupada por acabar con los mitos de la cultura de masas, y el rescate del relato, los símbolos, como una *carnadura* capaz de hacer terrenalidad; entre la impugnación del populismo y cierta reconfiguración de sus semas valorativos; es decir, una relación entre el imperativo de la distancia, y la actual pregunta que se hace *El río sin orillas*: “¿Cómo pensar la crítica, entonces, cuando la distancia no es un dato preexistente y ni la asepsia una práctica deseada? ¿Como gesto valorativo, como relato jerarquizante, como escritura del enemigo?” (2012:49) [11].

Con esto no quiero decir que el cajón de sastre de descalificativos rondantes a la idea de populismo sean, en cambio, hoy deseables. Sino que, evidentemente, como herramienta crítica, se ha agotado, no nos dice nada – y quizás confunde demasiado – y como todo aquello que se carga de las significaciones del *mal* merece ser revisado, al menos por una sospecha. Pienso que sería un problema legitimar, como docentes, la visión de una izquierda tradicional que parece arrogarse el poder de discriminar (distanciarse), sin dudas, aquello que es cultura de masas, industria cultural –homologado a la reproducción de la ideología dominante–, de la escritura / literatura / lengua previsiblemente “revolucionarias”. En ese sentido me interesa más una lectura williamsiana, ocupada de leer el momento

en que a la literatura de la clase dominante se le escapa la ideología y se expone a la indeterminación. Pienso que es el mejor modo posible de entrar en diálogo verdadero con los materiales que frecuentan los estudiantes de la escuela media. Creo que es necesario volver a pensar “lo común”, sin los prejuicios de la distancia, pero también, sin la ilusión subestimadora de la “lengua entendible” para todos, que finalmente, no es sino un cálculo – y eso ya lo dijo Bataille, si hay cálculo hay error, sólo el gasto nos salva. Parece, entonces, que por ahora, la vía más conducente es por un lado, la crítica como toma de posición, una decisión en el mar de la deriva fluctuante; y por otro, una crítica de los afectos, de la afectación, una crítica del contacto con su objeto, investida por él; una crítica de la *unción*.

Podría seguir rastreando estos problemas tanto en *El ojo mocho*, *El río sin orillas*, como en *Mancilla*. La nota de Martín Ara, “La herencia imaginaria de los ‘90”, para *El río*, más allá de su reclamo de contemporaneidad, “no seremos contemporáneos hasta que la década de los 90 no sea inteligible para nosotros”, es más bien una exigencia, a la lengua de la literatura, y una crítica despiadada a *Ceviche* (2009), la tercera novela de Federico Levín, por cuanto “los personajes de la novela se reducen a traficar drogas y conspirar contra la correcta comprensión de la situación por parte del Sapo, pero nunca trafican una *lengua*. No consiguen manchar la lengua del narrador con su propia saliva y su aliento” (2012:82), y en consecuencia la lengua literaria se somete a los dispositivos reaccionarios de “nuestra lengua popular porteña, tan prefabricados por el marco de los efectos de la imaginación policiales que el poder mediático les ofrece”.

Gisela Catanzaro, en “Críticas de la estatalidad”, para *El ojo mocho. Otra vez*, N|2-3, vuelve sobre la relación subjetividad–Estado, la potencia emancipatoria de un sujeto que encuentra objetividad en el Estado. Pero en ese interrogante halla matices mínimos para vislumbrar la diferencia entre una crítica a la estatalidad que sea capaz de “iluminar cierta tensión entre una dimensión de estatalidad y una inquietud emancipatoria que no tienen lugares sociales únicos, fijos o establecidos independientemente de las coyunturas particulares” (2012:40), y un enunciado que “produce una positivización de la política emancipatoria – por una parte – y del Estado – por la otra – gracias a la cual parecería que cada uno se encuentra sencillamente allí donde no está el otro”.

En la revista *Mancilla* N|3, la sección “Sentidos comunes”, también va, a su modo, contra los positivistas del siglo XXI. Juan Laxaguedorde, en “Las cosas”, organiza sugerentes sentidos alrededor de un Comte

idealista, y un Durkheim materialista – “Para Durkheim, hay que tomar los hechos sociales, la vida cultural y sus mundos como cosas, como materia, como información empírica y no como razón ineludible. Por eso Durkheim no era positivista” (2012:57).

Y entonces podemos volver al epígrafe de Onetti: “En los positivistas argentinos del siglo XXI las controversias culturales parten aguas y las pluralidades conflictivas se han agotado bajo el contrastante cielo de la Historia. Suponen que la política siempre es sinónimo de batalla a cuatro manos. Que la lucha, aunque no de clases, es permanente, y que la paz es una cosmovisión infantil de los egoístas. No acuerdan con la idea de Fogwill: la imposibilidad del realismo a causa de que estamos todos alienados. Lo peor: *sostienen sus dichos con demostraciones fácticas como si eso alcanzara*” (La cursiva es mía). Y el facticismo quizás sea uno de los peores enemigos a la hora de poner a circular afectos en la práctica docente; no me refiero sólo a la factualidad como el ejercicio de “tomar de memoria”, hacer comprobaciones de lectura, sino a la confianza plena en que haya algún tipo de documento capaz de cuantificar el grado de conocimiento alcanzado.

En la misma sección –“Sentidos comunes”–, María Pía López expone “tres volteretas o anotaciones” en torno al Pueblo: la dialéctica de lo visible y lo invisible, una intrincada pregunta sobre *La razón populista* (Laclau: 2004). Pero lo que me interesa, para retomar el dilema con los positivistas del siglo XXI, y pensar en torno a la necesidad de suspender la mirada, es una nota de López en torno a lo que ella denomina, excursiones académicas al *país del pueblo*. Más allá de la ironía, lo que se discute allí es qué es lo que se sustrae de esa operación crítica, de ese viaje que va a visibilizar lo invisible. La academia se postula, entonces, en el plano general del relativismo cultural que reconoce un mundo de singularidades heterogéneas y todas legítimas, por lo que en ese viaje no se sustraen las relaciones de poder que articulan inclusiones y exclusiones, sino las relaciones de poder que constituyen un campo de conocimiento: los subalternos justifican desde su subalternidad un poder que los describe, clasifica y quizás, hasta los redima.

Entonces finalmente López exige la crítica. “O se hace la crítica a la dicotomía invisibilización / visibilización, crítica que supone una discusión también con el activismo social de las minorías que encuentran en ese par la llave rápida para plantear el problema de los nombres, los lenguajes y las identidades, o nos vemos privados de cuestionar el régimen dominante por excelencia, el que piensa la

política como lógica de la mirada, el que erige la sociedad del espectáculo como horizonte final” (2012:64).

Las políticas emancipatorias y el peligro de que la estatalidad bien las obture – en la lógica de la incondicionalidad – o bien las destruya en la lógica de la despolitización neoliberal; las sospechas a la idea de una comunicación transparente y calculable; el modo en que cierta crítica a la distancia puede anudarse con una semántica del populismo [12], o, sin ser tan radicales, afirmar una crítica de las intensidades; la exigencia de una crítica para la industria cultural que no nos arrastre a salidas adornianas y, en cambio, nos permita afirmarnos en la contradicción; estos interrogantes, alrededor de la lengua también, son finalmente, inquietudes que ponen en escena otra vez el rol del intelectual. Y si algo se ha conquistado hoy, felizmente, es la posibilidad de hablar nuevamente de *intelectuales*, ya que cierta moda antiintelectualista en realidad no hizo más que afirmar posiciones reaccionarias. En definitiva, qué más querría la derecha que un cúmulo de graduados mofándose de ser antiintelectuales, lanzados a la deriva de un relativismo despreocupado de las tradiciones críticas, y los lazos de la historia.

En ciernes. Epistolarias concentra el tercer número alrededor de “la carne”, pero no es la carne en un sentido fenomenológico, merleau-pontiano, sino una retórica, ya sea en el espesor de la violencia, en la exigencia de dejar de jinetear los arrabales para urdir un enchastramiento, o en la carnalidad fantasmal, esa que pugna por aparecer, de una nación que configuró su desierto para constituirse; pero también es la carne en una reivindicación de la escritura en el código de la beligerancia, de la invectiva. Por eso es Viñas el punto de partida: una escritura del “gran trazo”, en oposición al “paper”, de la teoría vs. escatimosos refritos para los antecedentes; “sugiriendo que la primera es la de pretendidos héroes ambiciosos y la segunda la de desertores, desafilados, resignados, abdicados.”

Lo que estas revistas venían, entonces, a interrogar es cuáles son las armas de la crítica, cuál es nuestra posibilidad de hacer crítica, y en consecuencia, qué crítica somos capaces de decir/pensar en nuestras prácticas, desistiendo de la asepsia de la distancia. En este sentido, pienso, la indagación por esa ética posible – que se manifiesta en los juicios de y sobre la lengua, lo que suponemos que hacemos con ella cuando pensamos su circulación – no difiere de las inquietudes que nos abordan cuando nos damos a pensar los intercambios que tienen lugar en el aula.

Como en todo trabajo, y en este caso, como en todo recorrido, también, quedaron afuera algunas paradas de ese plano que fuimos gastando en diciembre, la muestra “Todavía no llegó el cocinero” (27/12), en Ruta 5, organizada por Síntoma Curadores (Chempes Saurio y Daniel Lorenzo); y la presentación del libro *Un par de zapatos blancos*, de Gonzalo Leiva, en su casa de Los Hornos (29/12). Será otra la oportunidad de sumar a las preguntas anteriores – incluso de polemizar, confrontar con ellas – los efectos de esas dos manifestaciones.

Notas

[1] Este comienzo y gran parte del artículo fueron escritos entrado el 2013; quisiera conservar esa especie de alegría y captura espontánea con que me hice las primeras preguntas. Hoy, sin embargo, en abril, sería impensable tal arranque. Si hay una forma de anacronismo en su versión de la vida social – más allá de la teoría sobre las imágenes – es la del agua, y la muerte. No hay, ahora, una escena de lo pasado que no se tiña de los fantasmas de una tragedia. Cualquier recuerdo, anécdotas, más o menos recientes, y no tanto, se nos aparecen húmedos, cargados de eso que llamamos el “antes de”, o más bien, la potencia opaca de escenas que hoy, aunque se las traiga de la experiencia pasada, no resisten el horizonte de sensibilidad al que quedamos expuestos por una fisura que nos caló hondo.

[2] En el blog La Razón de mi lima puede recuperarse por entero el texto de la presentación:

<http://larazondemilima.blogspot.com.ar/2012/12/escribir-despues-de-chernobyl.html>

[3] Creo, en ese sentido, que uno de los casos paradigmáticos que deben enfrentarse a lo incómodo de esa pregunta es la diferencia que podría existir entre revistas totalmente autogestionadas y revistas que cuentan con un apoyo institucional, pero cuyo comité editor no pertenece a la institución que subsidia, y tampoco funcionan como órganos difusores de una gestión.

[4] Quizás lo que más haya cautivado a un grupo como el que hoy dirige *El ojo mocho*, de Alain Badiou, sea una diferencia con respecto a las teorías de la indecidibilidad. Y es que Badiou no renuncia a la idea de romper con las determinaciones significantes, permanece en esa incierta afirmación, pero exige una decisión, y la fidelidad a ella. Decidir en la indecidibilidad.

[5] Esa sería la concepción burguesa del lenguaje para Benjamin: ya que no hay sujeto alguno que *conozca por el lenguaje*, sino que el conocimiento está en el lenguaje. En esa afirmación ya atisbaba su idea de *inmediatez* que lo separaría de Adorno en su polémica con respecto a la teoría del Baudelaire del Segundo Imperio – para eso ver *Infancia e historia*, “El príncipe y la rana”, de Agamben.

[6] Hay una coincidencia curiosa, aunque claro que no se trata de azar, entre esa idea de la separación que esgrime Boverio para darle vueltas al problema de la comunicación, y la hipótesis de Terry Eagleton en *La función de la crítica*. Según el inglés, muy generalmente, la crítica fue recluida en las universidades porque ante la ilusión de una homogeneidad inmanente no pudo resistir la separación, y tuvo que optar por restringir la crítica a la clase dirigente a unas pocas aulas universitarias, lo que condujo, en Inglaterra, a la desaparición de una función social en la crítica.

[7] La vigencia de *la contradicción* como problema crítico, volvió a mí leyendo *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, de José María Arguedas. En la novela dos personajes conversan mientras recorren la fábrica de harina de pescado. Don Ángel, encargado de planta, conversa con Don Diego – un zorro de arriba, serrano – sobre el funcionamiento económico y social de Chimbote, los modos en que un mismo grupo maneja tanto el empleo de los serranos, como el mundo de la prostitución y el alcohol en que gastan su sueldo, la injerencia de las decisiones norteamericanas, el monopolio pesquero, etc. En un determinado momento, Don Diego pregunta si el grupo de obreros que está trabajando allí sabe leer; el otro le responde: “No sabía cuando llegó. Don Hilario le ha enseñado. (...) Don Hilario dice: “El trabajo vencerá algún día al capital con el educación...”. Esa línea es una especie de feroz lanzamiento hacia nosotros de cómo se pueden naturalizar las contradicciones. Don Ángel seguirá mostrándole la fábrica al visitante, levantando la bandera del libre mercado, y sin mosquear – ni preocuparse – repetir una premisa libertaria. Entonces advertí o intuí que hoy, el problema, quizás no sea pensar la industria cultural, o la industria de la entretención, fácil y ligeramente asociada a Tinelli y los reality, sino ser severos con nosotros mismos, por si acaso no nos estemos convirtiendo en Don Hilarios, buenosintencionados que no asustamos a nadie. Y creo que eso es, actualmente, el problema que tiene que asumir el *discurso de la autogestión*.

[8] Cabe destacar que recientemente ha ganado el primer premio en el concurso Promoción de Revistas Culturales, organizado por el Fondo Nacional de las Artes. Las revistas *Mancilla* y *Estructura Mental a las Estrellas* obtuvimos una mención en el mismo concurso. Vale destacar que los grupos editoriales de esas revistas, especialmente *Río sin orillas*, *Mancilla* y también la famosa *Ojo mocho* están compuestos mayoritariamente por investigadores que dedican gran parte de sus actividades y reflexiones a la docencia, lo que genera un público lector docente al mismo tiempo, aunque en ese caso se trata de docentes vinculados de un modo u otro a la universidad.

[9] La noción de *distancia* como algo no deseable, lo tomé de un reciente artículo de Miguel Dalmaroni, "El dios alojado. Enseñar a enseñar literatura: notas para una ética de la clase" (en prensa) – que en realidad, llama "distancia como fatalidad o dato pragmático", "la escéptica o cínica enunciación repetida de *la diferencia*, tautológica hasta la liturgia, como si ignorásemos que el trauma constitutivo -fisura originaria, hiancia, grieta o hendidura, alienación, estado de la situación dada- es la condición de (im)posibilidad y por lo mismo de impulso de una ética de la aproximación incesante." Si bien el texto está orientado a algunas reflexiones sobre la didáctica, y la ética de la enseñanza – de allí que la crítica a la *diferencia / distancia* esté puesta para analizar relaciones docente-alumnos, sus notas más importantes abrevan en aspectos igualmente comunes para la crítica y la literatura, como es el problema de la experiencia. De lo que se trata, en definitiva, es de la *afectación*, la intensidad de las pasiones. "La distancia es una entrega a eso que la filosofía ha nombrado como *lo dado* o *lo que hay*, y por tanto una garantía de error y de fracaso: una lamentable 'pasión triste'." "La distancia reduce nuestra potencia de actuar, es decir, de pensar, de leer, escribir, escuchar, conversar e interrogar ideas e intuiciones, etc. *Alejarse* unos de otros es, como vemos a diario, debilitar y abandonar lo intenso, lo productivo, *lo bueno*. Alejarse y desafectarse burocratizan un vínculo que entonces deja de ser docente, formativo, educativo, de enseñanza y de invención compartida de ideas y de modos de leer, y se convierte en un vínculo "profesional", y de "rendimiento"". Ya anteriormente, en el 2008, analizaba el problema de la distancia en la producción crítica: "Qué se sabe en la literatura. Crítica, saberes y experiencia", en *Intervención en el Panel - Debate "Ciencias Sociales e Investigación"*, "Colectivo Andamios", Centro de Estudiantes de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, y librería "Palabras andantes", 18 de mayo. [Tomado de <http://www.lectorcomun.com/miguel-dalmaroni/papeles-sueltos/208/que-se-sabe-en-la-literatura-critica-saberes-y-experiencia.pdf> (1/2/13)]

[10] "Introducción" a *El imperio de los sentimientos* (1985). Y "La izquierda cultural, del dogmatismo al populismo", *Punto de vista*, VII, mayo de 1984.

[11] Con respecto a la izquierda y la cultura, hay una observación que hace Silvia Schwarzböck en "El enemigo del enemigo" (*El río sin orillas*, VI, 2012), que me parece muy sugestiva para pensar el lugar que nos queremos dar en el campo de las conquistas y las valoraciones. "Los intelectuales de izquierda no reniegan de la alta cultura. En todo caso, saben que está atada a la barbarie de un modo tan imperceptible que hasta los propios sobrevivientes de los campos de concentración, una vez restituida la democracia, piden convertirlos en centros culturales o museos. (...)". Entonces, lo que hace *alta* a la alta cultura no es lo que debe ser abolido, sino lo que debe ser apropiado. La izquierda quiere para sí la parte por la que la burguesía ya no disputa.

[12] En las teorías de mediados del siglo XX se consideró al populismo vago, ambiguo, impreciso. Características que provendrían de contraponerlo con una lógica de construcción política que aparecería como ideal y frente a la cual el populismo estaría en falta. ¿Qué sucede, dirá Laclau si no es falta sino existencia? Esto es, si la vaguedad o la imprecisión lejos de ser un déficit frente a una lógica institucional (imaginada), es consecuencia de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social.

Bibliografía

- AA.VV. *El ojo mocho. Otra vez*. Revista de crítica política y cultural. N°2 – 3. Buenos Aires: Primavera-Verano 2012-2013.
- AA.VV. *El río sin orillas*. Revista de filosofía, cultura y política. N°6 – Año 6. Buenos Aires: Octubre 2012.
- AA.VV. *En ciernes. Epistolarias*. N°3 – Año 2. Buenos Aires: Noviembre 2012.
- AA.VV. *Estructura Mental a las Estrellas*. N°3 – Año 3. La Plata: Noviembre 2012.
- AA.VV. *Mancilla*. N°3 – Año 2. Buenos Aires: Agosto 2012.
- Adorno, Theodor ([1947] 1998): “La industria cultural. Ilustración como engaño de masas” en *Dialéctica de la ilustración*. Madrid, Editorial Trotta.
- Badiou, Alain (1988) *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires, Manantial (1999)
- Dalmaroni, Miguel (2013): “El dios alojado. Enseñar a enseñar literatura: notas para una ética de la clase”. Revista *Educación, Lenguaje y Sociedad*. Instituto para el Estudio de la Educación, el Lenguaje y la Sociedad. Facultad de Ciencias Humanas - Universidad Nacional de La Pampa. *Artículo aceptado para su publicación* (en el n° 10, 2013).
- Rodríguez, Fermín (2019): *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- Charlot, Bernard (2007): *La relación con el saber. Elementos para una teoría*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.